

15. Amar con el amor de Cristo

“Si no te lavo, no tienes parte conmigo” (Jn 13, 8). Si no nos dejamos amar verdaderamente por Cristo como Él nos ama, no podemos compartir su amor, no podemos permanecer en él y, por tanto, expresarlo. ¿Expresarlo cómo? Jesús dice: “como yo os he amado, amaos también unos a otros”. (Jn 13,34)

A menudo reducimos el mandamiento del amor fraterno a un “copy-paste” que tratamos de pegar a nuestra vida a partir del ejemplo de Cristo o de los santos. Pronto nos damos cuenta de que algo no cuadra, de que algo no funciona. ¿Dónde está el error? En el fondo es el de Pedro, el de afirmar desde sus propias fuerzas: “¡Daré mi vida por ti!”.

Cuando Jesús dice: “Permaneced en mi amor”, en el fondo nos está revelando el secreto para no caer en el voluntarismo que pretende seguir a Cristo sólo como leyes y mandamientos, o buenos ejemplos, pero no a través del don de sí mismo que Él es para nosotros, ese don que el Espíritu Santo sigue derramando en la Iglesia y en cada uno de nosotros. Porque *no se trata sólo de amar como Jesús, sino de amar con el amor de Jesús*. Cristo no dice simplemente: “Permaneced en el amor”, sino: “Permaneced en *mi* amor”.

Si amar fuera simplemente copiar a Jesús, Pedro habría podido dar su vida por Él, como pretendía. Habría podido lavar inmediatamente los pies de los discípulos sin tener que esperar hasta más tarde para comprender lo que Jesús estaba haciendo. Jesús sabía que el ejemplo simbólico que dio lavándoles los pies no podría seguirse antes de su muerte y resurrección, antes de Pentecostés. Al morir por nosotros en la Cruz, Jesús no se “limitó”, por así decirlo, a amarnos: nos dio su amor, nos dio su corazón como fuente y sujeto de su caridad en nosotros, a través de nosotros.

Por eso, cuando nos dice: “Permaneced en mi amor”, anticipa la nueva realidad que, desde la Muerte y la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés, será para nosotros, para siempre, la que nos permite amar como nunca hemos amado, como nunca podríamos amar sin Cristo. Toda la vida cristiana es acoger esta gracia, vivir de esta caridad. Y todas las vocaciones en la Iglesia son para vivir esto, en las mil facetas del amor único y universal de Cristo. Y todos los ministerios en la Iglesia han de conformarse a esta gracia, mediante la palabra, la obra, la oración, la entrega, el sacrificio, todo lo que un ministerio requiere y comporta.

Cuando Pedro se encontró ante Jesús aquella mañana a orillas del mar de Galilea, Jesús ya no le dijo: “Ya me entenderás o me seguirás después”. Ya todo estaba consumado y Pedro podía entrar en el don de su vida a través del don de la vida de Cristo. Al oírse preguntar, suplicante, tres veces –porque los mendigos insisten hasta conseguir lo que quieren–: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”, Jesús hizo caer en la cuenta a Pedro de que no tenía suficiente amor en sí mismo para amar a Jesús, y amarle más que los otros, como Jesús le pidió por primera vez (cf. Jn 21,15). Jesús le pidió un amor infinito que ahora Pedro sabía que no tenía. Se creó en él un vacío, y ese vacío, a estas alturas, Jesús podía llenarlo con el Espíritu Santo, con su amor, el que recibe del Padre.

Con esta pobreza de corazón, Pedro ya podía permanecer en el amor de Cristo, sin preocuparse de tener que producirlo. Podía permanecer allí porque la humilde autoconciencia producida por su negación, pero sobre todo por el perdón de Jesús sin más condiciones que el amor, permitía que el amor de Cristo lo llevara dentro de sí para llevarlo incluso donde humanamente no hubiera querido: al martirio con el que “habría glorificado a Dios” (Jn 21,19).

A partir de ahí, todo lo que Pedro será y hará expresará el amor de Cristo. Ahora Jesús pudo confiarle todo para todos, porque le dio para permanecer en su amor por todos. Así es como Jesús pudo confiar a Pedro, como a todos los apóstoles y discípulos, su misión, la que ya ha cumplido hasta el final, amando hasta el extremo: “¡Pastorea mis ovejas!” (cf. Jn 21,15-17). Toda la misión de la Iglesia es pastorear a las ovejas por las que el Buen Pastor ha dado ya su vida (cf. Jn 10,11), para que “tengan vida y la tengan en abundancia”. Estas ovejas son toda la humanidad, porque Cristo dio su vida por todos. Pedro y todos los pastores de la Iglesia (que incluye a todos los bautizados, cada uno llamado a pastorear el rebaño de Cristo de una u otra manera), sólo pueden pastorear el rebaño en el amor de Cristo, declinando el amor de Cristo en todos los ámbitos y situaciones, transmitiendo con su vida, con su amor, el amor de Cristo a toda la humanidad.

Esto significa una cosa fundamental: nadie sale en misión sin permanecer en el amor de Cristo. Sin permanecer no se camina, no se corre. Por eso Jesús, después de pedir a Pedro que pastoree las ovejas, le dice inmediatamente cómo puede salir permaneciendo con Él, en Él, en su amor. Le dice: “¡Sígueme!” (Jn 21,19.22).

No se permanece en el amor de Cristo sin seguirle. Es decir, sin estar siempre con Él, a cada paso. Porque el amor de Cristo es precisamente el amor *de* Cristo, *su* amor. Y el amor no es un vapor que permanece en el aire incluso después de pasada su fuente. El amor de Cristo es Aquel que nos ama, es Su Persona la que nos ama, siempre, es decir, a cada instante. El seguimiento, antes de ser una cuestión de aprendizaje, es una cuestión de comunión, de intimidad con el Señor, de relación, de escucha, de petición, un abrazo.